

CUENTOS REFLEXIVOS

Guillermo Jiménez Pavón

EL GALGO

El pobre perro pateaba intentando desprenderse de la mortal cuerda y, aunque su amo siempre había presumido de tener el galgo más rápido y el que más liebres pillaba, no dudó un segundo en ahorcarlo cuando se hizo viejo.

El cruel y desagradecido dueño, pensando que ya estaba muerto, se marchó dejándolo colgado del árbol.

Un Hada Madrina que pasaba por allí lo salvó y le dijo que pidiera lo que quisiera.

— Solamente quiero un deseo: que mi dueño tenga el final que ha querido para mí.

Fueron pasando los años y cuando el cruel dueño se hizo mayor y sus fuerzas habían mermado, fue abandonado por su hijo en un asilo de ancianos, y éste no lo pudo soportar, y tres días más tarde apareció colgado en su habitación.

EL NIÑO QUE QUERÍA VOLAR

Sentado sobre una piedra, Pedrito se pasaba el rato contemplando el vuelo de las águilas, y eso por parte de su madre le había costado más de una bronca. Vivía a unos tres kilómetros del pueblo y solía ir cada día al colegio andando. Su mayor ilusión era volar algún día como los pájaros.

— ¡Pero, Pedro! ¿Cómo llegas tan tarde, si hace más de dos horas que terminó el colegio?

— He estado contemplando las águilas, y me encantaría volar como ellas, mamá.

— ¡Pero, hijo! Tú eres un ser humano y no un águila. Además, no tienes alas.

— Ya lo sé, mamá, pero es superior a mí. Es mi sueño.

— Anda y coge la merienda, Pedro, que se te va juntar con la cena. Y déjate ya de volar, que tienes muchos pájaros en la cabeza –le decía la madre, tocándole cariñosamente.

Al día siguiente, cuando estaba sentado en su piedra preferida y, como siempre contemplando a las águilas, se le acercó una joven muy guapa y le dijo: ¿Te gustaría algún día? ¿Volar como ellas?

Pedro, que estaba distraído mirando el vuelo de las águilas, no se había dado cuenta de la llegada de la chica, y se sobresaltó al oír su voz.

— No te asustes, Pedro —le dijo la joven, con voz muy dulce.

— Esa sería mi mayor ilusión, señorita: volar y sentirme libre como las águilas; pero nunca podré hacerlo, porque no tengo alas –le contestó Pedrito, con voz desanimada.

— ¿Por qué dices eso de que nunca podrás hacerlo? –le preguntó la joven.

— Señorita, si no tengo alas, nunca podré hacerlo, aunque me guste mucho.

— No tienes alas, pero tienes otros valores muy importantes para volar.

— ¿De qué valores me habla usted, señorita?

— De unos que pronto verás y, desde ahora en adelante podrás volar y, para hacerlo, sólo tendrás que cerrar los ojos y pensar en ello.

— Señorita, muchas veces los he cerrado, y hasta el momento nunca he podido volar.

— Ciérralos ahora y verás como podrás hacerlo.

Pedro cerró los ojos y voló como él quería. Como la más bella de las águilas, fue surcando el cielo. Por primera vez y desde las alturas, pudo ver su casa, el río, los animales, y sentir la fresca brisa del viento refrescando sus mejillas.

Cuando abrió los ojos de aquel hermoso sueño, la joven ya se había marchado. Le había dejado un mensaje escrito en el suelo, el cual decía: “Sigue siempre así, Pedro y, cuando quieras volar, sólo tendrás que cerrar los ojos”.

Desde aquel día, Pedrito se sentía muy afortunado; había conseguido lo que tanto deseaba: “volar como las águilas”.

— ¡Manuel! ¿No ha venido Miguel? –le preguntó la madre de Miguel a su marido.

— Hace más de dos horas que acabó el cole y aún no ha llegado.

Los padres de Miguel hablaron con los vecinos y todos salieron en su busca. Se estaba haciendo de noche y todos estaban muy preocupados. En ese momento llegó corriendo Pedrito y (con ansiedad en sus palabras) les dijo que Miguel se había caído a un pozo, que lo había visto en un sueño que había tenido.

Todos fueron adonde había dicho Pedrito, y pudieron salvar a Miguel de una muerte segura.

Padres y vecinos le dieron las gracias, y Pedrito era muy feliz, por haber salvado a su amigo. Estaba muy contento, porque además de hacer lo que más deseaba en la vida (que muy pocos lo consiguen), se dio cuenta de que también podía ayudar a la gente, y eso le hacía la persona más feliz del mundo.

EL ASNO Y EL ZORRO



Había una vez en un bosque un asno que se llamaba Bonifacio, y un zorro que se llamaba Serafín. El zorro siempre se burlaba de la tosca inteligencia del asno.

— Especies tan toscas como la tuya no tendrían que existir, porque eso daña la imagen de animales como nosotros.

— Mi padre, que era un asno listo y bueno, solía decir siempre que tenía que haber de todo en el mundo (gente buena, gente mala, gente lista, gente menos lista; en fin, de todo), pero que todos éramos hijos del gran Creador, y que todos teníamos los mismos derechos a la hora de pasar por la vida.

— Tu padre era un tosco, y tú eres tosco y medio, ¡ja, ja, ja! ¿Listo tu padre? No me hagas reír, Bonifacio, que me duelen los dientes.

— Serafín. Tú, con esa arrogancia, ¿a qué le llamas ser listo?

— Pues que haga lo que haga, lo puedo hacer mejor y más rápido que tú.

— Si tan superior te crees a mí, hagamos una apuesta, y el que la gane entonces podrá decir, con certeza, que es más listo.

— Bonifacio, no quiero abusar de tí, porque en el fondo, muy en el fondo de mi corazón, te quiero. Tú sabes de sobra que cualquier cosa que digas, por muy rara que sea, la puedo hacer mejor y más rápido que tú.

— Entonces no lo pensemos más y hagamos la apuesta; si tan seguro estás de que me puedes ganar, no creo que pongas ningún impedimento.

— ¿Y se puede saber, Bonifacio, qué tienes en tú tosca mente, que piensas (aunque poco) que en algo me puedes ganar?

— Un viaje.

— ¿Un viaje? ¡Ja, ja, ja! ¿Piensas ganarme en un viaje? No me hagas reír, que me duelen los dientes, ¡ja, ja, ja! Hacía tiempo que no me divertía tanto, Bonifacio. Tú, además de ser tosco, veo que eres tonto, ¡ja, ja, ja!

— Sí, sí, un viaje. Veo que te hace mucha gracia, y el que llegue primero al sitio elegido por los dos, será el que habrá ganado la apuesta. Y entonces a partir de ese momento, será el que podrá decir con certeza, quién de los dos es el más listo.

— ¿Y adónde quiere ir usted de viaje, señor listo?

— Adonde tú digas, te doy el privilegio de elegir el recorrido. A mí me da igual, te ganaré de todas formas, hagas lo que hagas, y vayas como vayas y adonde vayas.

— ¿Qué te parece si la apuesta es ir al pueblo más cercano?

— ¿Cuántos kilómetros hay hasta el pueblo más cercano que dices?
—preguntaba el zorro, ya un poco más serio.

— Cincuenta kilómetros, más o menos, hasta la puerta de la iglesia –
le contestaba Bonifacio.

— No me hagas reír, Bonifacio; a ese pueblo llego antes que tú, por
lo menos una hora.

— Cuando quieras podemos comenzar el viaje, Serafín.

— Después y cuando te haya ganado, ¿no te enfadarás si te digo
tosco, lento y lo que me venga en gana?

— No me enfadaré, pero si gano yo te diré lo mismo, y entonces tú
me tendrás que aguantar y respetar.

— No me hagas reír, Bonifacio. ¿Piensas, siquiera por un segundo,
en que me puedes ganar?

— Tú has escuchado lo que te he dicho.

— Sí. Si me ganaras, que eso es imposible, aceptaré lo que me digas,
¡ja, ja, ja!

— Tendremos que traer testigos de prestigio, para que verifiquen
quién de los dos gana la apuesta.

— Por mí no te preocupes, Bonifacio; puedes traer a todos los
habitantes del bosque.

— No hace falta que vengan todos; sólo los de más prestigio.

— ¿Y a quién piensas llamar?

— Llamaré al lobo Amaro, al oso Blaco y al búho Creco.

— Por mí los puedes traer, aunque en eso del prestigio hay otros que para mí que son más.

— Si no estás de acuerdo, puedes traer tú a los que consideres de más prestigio.

— Es igual, que vengan los que tú has dicho; al fin y al cabo, siempre será mejor que verifiquen tu derrota tus propios amigos.

Los tres invitados fueron puestos al corriente de la disputa, y los tres aceptaron ser los jueces de la misma.

— El que llegue primero a la puerta de la iglesia será el ganador, y no importa el camino que se elija. Podréis elegir el que vosotros consideréis mejor. ¿Estáis los dos de acuerdo en que así sea? –les preguntaba el búho Greco.

Los dos aceptaron las condiciones, y quedaron para salir al día siguiente, a las ocho de la mañana. Media hora antes de comenzar la carrera Serafín hacía flexiones, enseñando sus ágiles patas, y Bonifacio, en cambio, llegaba diez minutos antes de la carrera, con su lento caminar.

— ¿Estáis de acuerdo en cumplir todas las normas que hemos nombrado? –les decía el lobo Amaro.

Los dos estuvieron de acuerdo y, cuando el oso Blaco bajó la mano, comenzó la disputa. Serafín salió como un rayo, seguido por un lento Bonifacio.

Cuando llevaban media hora de carrera, Serafín había perdido a Bonifacio, y éste miraba desde lo alto de un cerro, a ver si lo divisaba. Serafín se echó a reír cuando a lo lejos vio a Bonifacio que, con su lento caminar, iba subiendo el cerro.

— Adiós, super-lento; en la puerta de la iglesia te espero –le dijo Serafín, y salió corriendo.

Cuando faltaban diez kilómetros para llegar al pueblo, Serafín se encontró con un serio obstáculo. Se trataba de un río de unas dimensiones muy grandes. Para poder llegar al pueblo había que atravesarlo, y Serafín no sabía nadar. Éste, desesperado, daba vueltas intentando buscar un lugar para cruzarlo, pero si no era nadando, no había ningún sitio por donde hacerlo.

Bonifacio, con su lento caminar, se acercó al río y, bajo la mirada de Serafín, que se había escondido tras unos matorrales, se echó al agua y, en un santiamén, estuvo en el otro lado. El búho Creco (que iba vigilando a los dos contendientes) vio a Serafín que, con mucha impotencia y desesperación, intentaba cruzar el río.

— ¿Qué te pasa, Serafín, que estás tan nervioso? –le preguntó el búho Creco.

Éste no lo esperaba y se llevó un gran susto.

— Es que no sé nadar y me ganará Bonifacio, y eso me pone el cuerpo malo.

En ese momento llegaban el lobo Amaro y el oso Blaco.

— Pero, con lo tosco que es Bonifacio, ¿cómo ha podido cruzar el río? Y tú, con lo listo que siempre has dicho que eres, ¿éstas en este lado todavía? —le preguntaba el lobo Amaro.

— La verdad, señores, es que el que ahora está siendo tosco, soy yo.

— Que esto te sirva de lección, muchacho, y nunca menosprecies a nadie, por muy superior que te creas —le aconsejó el oso Blaco.

— Siempre hay alguien que sabe más que uno, por muy listo que uno se crea —le aconsejaba el búho Greco.

— Nunca te burles de los que, por desgracia, no han tenido la suerte que tú. Porque la inteligencia se hereda, pero el saber no, y siempre puede haber alguien que, no teniendo la inteligencia que tú, puede saber cosas que tú no sabes —le aconsejaba el lobo Amaro.

— Que sirva de lección lo de Bonifacio. Ya ves, Serafín, que de todo tiene que haber, según el Creador. Si tú eres un Serafín, porque has tenido esa suerte, ayuda a los Bonifacios, y nunca te creas superior a ellos, sino con más suerte.

PABLITO, EL BAJITO

En un pequeño pueblo donde todos se conocían varios niños bromeaban con la estatura de un compañero. Se metían siempre con él, por ser muy bajito, y eso le estaba acomplejando. Y no tanto por su pequeña estatura (que eso lo tenía asimilado, y además no le importaba), sino por la insolencia de sus “amigos”.

Un día, él y varios amigos (de los que siempre se metían con su estatura), fueron al campo. Cuando llevaban varias horas caminando entre arroyuelos y arboledas, aparecieron en el cielo unas nubes negras amenazando lluvia. Estaban muy entretenidos cogiendo renacuajos en un arroyo, y no se dieron cuenta de la fuerte tormenta que se acercaba. Cuando quisieron reaccionar, ya estaban cayendo enormes gotas de agua.

Viendo que estaban muy lejos de casa y que no les daría tiempo llegar sin mojarse, buscaron cobijo para resguardarse de la lluvia. Las gotas de agua y la oscuridad iban en aumento y un fuerte viento empezó a soplar con insistencia.

Después de un rato buscando dónde meterse y con caras desesperantes, encontraron una cueva y se introdujeron en ella. La citada cueva era muy bajita y todos tenían que ir agachados, menos Pablito, que era como se llamaba el niño.

De golpe se oyó un ruido en el fondo de la cueva y todos se asustaron, menos Pedrito que, aunque era el más bajito, resultó ser el más valiente de todos.

La lluvia era muy fuerte y los relámpagos y truenos no cesaban. El ruido se iba acercando hacia la boca de la cueva, que era donde se encontraban los niños, los cuales mostraban mucho miedo en sus cuerpos y sin saber qué hacer, temblaban sin parar.

Pablito, que era el único que no temblaba, se agachó y cogió un palo del suelo. Y bajo la mirada de sus asustadizos amigos, se adentró en la cueva en busca del ruido.

Minutos más tarde, se presentó con un pequeño cordero en brazos.

Los asustadizos amigos le dieron un abrazo y, desde entonces, para todos ellos, Pablito dejó de ser bajito.

La grandeza de las personas no se mide en centímetros. Eso lo debemos tener muy presente, durante toda la vida.

EL NIÑO QUE PERDIÓ LA PELOTA

Juanito jugaba a la pelota con su amigo Pepe, al lado de un río y, en un lance del juego, la pelota se les cayó al agua. El río era muy peligroso y raro era el año que no se ahogara alguna persona en él. Los padres, sabedores de lo peligroso que era el río, siempre aconsejaban a sus hijos que no se bañaran en él, si no estaban ellos allí.

Los dos niños (desde la orilla) miraban con tristeza cómo el río se llevaba su pelota y se quedaban sin juguete para jugar. Aunque pensaron meterse en el río para cogerla, se acordaron de los buenos consejos de sus padres y prefirieron perder la pelota y no otra cosa...

Juanito, que era el dueño de la pelota (con temor), le dijo a su padre como la había perdido; y creyendo que su padre le iba a regañar, se quedó más que sorprendido, cuando éste le dio un beso y le prometió comprarle la mejor de todas las pelotas.

Escuchar los consejos de los mayores nos puede salvar la vida.

EL MOLINO

En la plaza de un pequeño pueblo estaban reunidos todos los vecinos, para intentar llegar a un acuerdo sobre su futuro.

Hartos de llevar su trigo a varios kilómetros para molerlo, y pagar mucho dinero por el servicio y tiempo, decidieron construir uno para ellos.

— Yo creo que lo mejor será construir uno para uso de todos nosotros; eso nos haría ganar dinero, además de tiempo. Y en varios años lo tendríamos amortizado –dijo José, que era uno de los campesinos que poseía más tierras.

— Tú, como tienes más tierras que nosotros, igual te conviene hacerlo; pero yo, con las pocas que tengo, que con un par de viajes con el burro muelo mi trigo, no tengo porqué realizar un gasto que, por ahora no me va nada bien –dijo Juan, que era un pequeño campesino.

— Yo tengo más tierras que tú, pero no tantas como José, y estoy de acuerdo en construir el molino. Pienso que con él ganaremos todos; pero siempre que paguemos por construirlo, la parte proporcional que nos corresponda a cada uno, según las tierras que tengamos –dijo Pedro, que era un campesino mediano.

— Si se hiciera así, entonces sí que estaría de acuerdo en hacerlo –dijo Juan.

— Yo, ya sabéis que soy partidario de su construcción; por lo tanto, estoy de acuerdo –dijo José.

— Tú sabes, Juan, que durante mucho tiempo, además de que has tenido menos trigo para moler que José, has pagado más que él por molerlo. Y si has tenido que vender, lo has tenido que hacer más barato.

— Sí, eso es verdad; al perro flaco todo son pulgas.

— Por eso te digo, Juan, que con la unión todos saldremos ganando.

Todos, después de varias horas debatiendo intensamente sobre el tema, estuvieron de acuerdo en construir el molino.

Con la construcción, la prosperidad llegó al pueblo y todas las familias fueron mejorando sus economías, llegando a un estado saludable.

La alimentación de la población había mejorado mucho, así como la salud y la educación. Todo había llegado a un nivel óptimo.

Así estuvieron muchos años hasta que, por motivos diversos, José decidió salirse de la Unión, alegando que él había contribuido con más dinero que nadie a la construcción del molino y, sin embargo, no tenía ningún privilegio.

Bajo esta amenaza de ruptura, se reunieron todos los socios para tratar el delicado tema.

— ¿Tú dices que no tienes ningún privilegio? Pero, sin embargo, muelas según tus tierras. Quiero decirte que, si yo utilizo el molino dos horas, tú lo utilizas veinte, que es lo normal y lo acordado; por eso pusiste más capital que yo, porque tienes más trigo que moler —le dijo Juan.

— Sí, pero tengo que esperar mi turno.

— ¿Y qué quieres, saltarte los turnos? Eso no se puede hacer, hay que respetar las normas –dijo Juan, y añadía—: Para que una sociedad funcione hay que respetar los acuerdos, que es la base de todo.

— Eso lo dices porque tú no tienes la capacidad necesaria para construir uno propio y no depender de nadie; si la tuvieras, no dirías lo que estás diciendo.

En estos términos se fue debatiendo el tema, pero José no se venía a razones y abandonó la sociedad.

Seis meses más tarde, era inaugurado el molino de José.

Los primeros años todo funcionó muy bien, pero los gastos también se fueron acumulando.

El molino tenía unos gastos de mantenimiento elevados, que cuando se pagaba entre todos parecía insignificante; pero cuando tuvo que pagarlo uno sólo, la cosa cambió y mucho.

— La vigilancia del molino me cuesta un huevo y no puedo dejarla, porque con lo que me ha costado el molino, si me lo estropean es para pegarse un tiro. No sé si he hecho bien en abandonar la Unión. Ahora no tengo que esperar turno, pero qué caro me está costando todo eso –se decía José, para sus adentros.

— ¿Qué pasa, José? ¿Cómo te va el negocio? –le preguntó Pedro, que pasaba por allí.

— Muy bien, ahora esto es una maravilla; muelo cuando quiero, nadie me dice nada. En fin, estoy supercontento –le contestó José.

Los gastos eran cada vez más grandes, y José estaba empezando a querer dejar su autonomía y volver a la Unión, si quería mantener su estatus.

Dos años más tarde, José había tenido malas cosechas y ya no podía hacer frente a los gastos del molino. Éste solicitó una reunión a sus antiguos socios, para hablar de su regreso a la Unión.

— Quiero volver a la sociedad compartida, de la que nunca debí salir. Ahora tengo más libertad y soy más yo, pero eso me está acarreando unos enormes gastos, que no los puedo asumir. He llegado a la conclusión de que lo importante para el ser humano es tener bien cubiertas sus necesidades físicas (en todas sus vertientes), aunque la libertad individual la tenga uno que sufrir –dijo José, reconociendo su error.

— Siempre serás bien recibido en la sociedad y más, habiéndote dado cuenta de que la unión hace la fuerza, y que las sociedades fuertes son las que todos unidos van a una.

Cuando el esfuerzo es compartido el bienestar aumenta, en todos los estamentos de la vida.

La unión hace la fuerza.

EL PASTORCITO Y LA SERPIENTE

Un pastorcillo sacaba todos los días su pequeño rebaño de ovejas y cabras a pastar por los campos. Tendría unos ocho años de edad, y su mayor ilusión era ir a la escuela para aprender cosas. Eran cinco hermanos y, en horas del colegio, él siempre tenía que estar con su pequeño rebaño en el campo.

Un día le dijo a su madre que quería ir a la escuela para aprender cosas, y la madre con mucha pena le contestó:

— Hijo mío, que más quisiera yo, pero eres el mayor de tus hermanos y como bien sabes, tu padre está muy enfermo y no puede trabajar. Cuando papá se ponga bien podrás ir a la escuela. De momento y aunque me duele mucho decírtelo, no puedes. Hay que sacar el rebaño para que pueda pastar y como bien sabes, con la leche que sacamos podemos comer tus hermanos, tú y nosotros.

Guillermo (que era como se llamaba el pastorcillo) ese día se fue a dormir triste, porque de momento no podía ir a la escuela y, a la vez, muy contento, porque gracias a él su familia no pasaría hambre.

Al día siguiente y como siempre, Guillermo sacaba su rebaño a pastar. Para llevar el rebaño a los tiernos pastos tenía que pasar por delante de la escuela, donde los niños más afortunados estudiaban. Aunque algunos niños de los que estaban en la escuela, por lo visto no la aprovechaban mucho, porque solían decirle en tono burlesco:

— Guillermo, si no estudias serás un analfabeto, un burro.

Sobre las doce de ese mismo día, estando sentado y repostado sobre el tronco de una vieja higuera, le entró un sueño muy dulce y se quedó dormido. Una vez dormido, tuvo un extraño sueño.

— Tú lo que tienes que hacer –le decía una melosa voz— es llevar el rebaño adonde no haya comida o perder alguna oveja y, cuando lo hayas hecho varias veces, verás como tus padres no te mandan más con el rebaño, y entonces sí que podrás ir al colegio.

Cuando se despertó de aquel extraño sueño se juntó con un amigo que, como él, tenía que cuidar un rebaño de ovejas y tampoco podía ir al colegio.

— ¿Qué llevas en el sombrero de paja? –le preguntó Laureano, que era como se llamaba el amigo.

Guillermo se quitó el sombrero y pudo comprobar, con asombro, la camisa de una serpiente enroscada en la copa de su sombrero.

— ¿No me digas que no te habías dado cuenta? –le preguntó Laureano, al verlo tan sorprendido.

— No, la verdad es que no. Lo que sí he tenido es un sueño muy extraño.

— ¿Es que te has quedado dormido?

— Sí, me entró de repente un sueño muy dulce y ha sido cuando he tenido el sueño.

— ¿Y qué sueño ha sido ése?

— Como tú sabes, yo tengo muchas ganas de ir a la escuela.

— Sí, eso ya lo sé; me lo dices todos los días y yo te respondo que yo también.

— En el sueño una voz me decía: “si llevaras el rebaño adonde no hubiera comida, o perdieras alguna que otra oveja, tus padres no te mandarían más, y entonces sí que podrías ir a la escuela”.

— Oye, no es mala idea.

— ¡Qué me dices, Laureano! ¿Tú estás loco? Si yo no diera de comer a mi rebaño, para que produzca leche, no tendríamos en casa para comer. Además, mi papá está muy enfermo y yo soy el mayor de mis hermanos. Tengo que cuidar el rebaño lo mejor que sepa, para que ellos no pasen hambre.

Ese día, cuando volvió a su casa, le contó a su madre lo que le había sucedido.

— Mamá, hoy me ha pasado una cosa muy extraña; me he quedado dormido en el campo y he tenido un sueño muy raro. Además, una serpiente me ha dejado su camisa enroscada en mi sombrero.

— ¿Qué sueño ha sido, hijo, que me estás asustando? –le preguntó su madre, con preocupación.

— Una voz muy persistente me decía que llevara el rebaño adonde no hubieran pastos, o que perdiera alguna oveja. Y que si lo hiciera muchas veces, seguro que conseguiría ir a la escuela, porque para ustedes no serviría como pastor, y entonces me enviaríais a la escuela.

— Hijo, ¿y tú que piensas de todo esto?

— Que no estoy de acuerdo, mamá; que si para que yo aprenda cosas en la escuela tienen que pasar hambre mi familia y mis ovejas, con lo que sé ya tengo bastante.

Su madre lo abrazó fuertemente y, dándole un dulce beso, le dijo:

— Hoy soy la mujer más feliz del mundo.

— ¿Por qué, mamá?

— Hoy ha venido un joven sediento a pedirme agua y, cuando estaba bebiendo, ha oído a tu padre toser y, al oírlo, me ha preguntado si había algún enfermo en la casa. Cuando le respondí que se trataba de mi marido me dijo que era médico y, que si no tenía inconveniente, podría visitarlo. Yo le contesté que sí y le acompañé adonde estaba tu padre y, cuando estábamos junto a él, me dijo que le llevara una palangana con agua. Cuando volví me dio la mayor de las alegrías, diciéndome que tu padre estaba prácticamente curado, y que muy pronto podría trabajar. Además, no me ha querido cobrar nada; me ha dicho que ya había cobrado. Estoy feliz por eso, y por tener un hijo tan maravilloso como tú –dijo la madre, y se abrazó de nuevo a su hijo.

Si siembras buenas acciones, recogerás alegrías.

LAS PRIORIDADES

— Yo soy más útil que tú. Yo mantengo los alimentos frescos para que no se pongan malos –le dijo el frigorífico a la lavadora.

— Eso te crees tú. Si no fuera por mí, estaría toda la ropa sucia y haría un olor...

— No sé por qué discutís, si lo más importante en una casa soy yo; sin mí se morirían de hambre, o se tendrían que comer los alimentos crudos –alardeaba la cocina.

— Ja, ja, ja, no digas bobadas, Coci; con el montón de comida que hay hoy en día, que no es necesario cocinarla –presumía el televisor.

— ¿Por qué dices eso, Teli, tú que no haces nada en todo el día? Nosotros al menos hacemos algo de utilidad, pero ¿tú qué haces? –le contestaba la cocina al televisor.

— ¿Que no hago nada? Tú crees que es fácil entretener a los humanos, con lo raritos que son –le respondía el televisor a la cocina.

— Como no nos pondremos de acuerdo, aunque estemos toda una vida discutiendo sobre quién de nosotros es el más importante para los humanos, propongo una cosa –dijo el frigorífico.

— ¿Qué propones, Frigui? –le preguntó la lavadora.

— Que dejemos de funcionar durante una semana; a ver a quién echan más en falta los humanos.

— Me parece muy bien –dijo la lavadora.

— Yo también estoy de acuerdo –dijo el televisor.

— Es una buena idea –dijo la cocina.

— ¡Hola, cariño! ¿Cómo te ha ido el día?

— Muy bien, pero estoy harto de comer embutidos; por favor, no me echés más bocadillos de esos; échame otra cosa.

— ¿Y qué te echo, si tampoco quieres platos preparados?

— Me haces alguna cosa por la noche, que me llevaré la fiambra. ¡María, esta cerveza está caliente! ¿Es que no funciona el frigorífico?

— Eso te quería decir, José. No sé que habrá pasado, pero ni va la lavadora, ni la cocina, ni el frigorífico.

— ¡Estamos bien! Me iré a ver las noticias, porque en esta casa no funciona nada... ¡María! ¿Que no va la tele?

— Es que no me has dejado acabar, José; la tele tampoco funciona.

— Esto no puede ser. ¿Has llamado al técnico?

— ¿A cuál de ellos, querido?

— ¿A cuál va a ser, María? Pues al de la tele.

— Pero José, estamos a final de mes y no queda dinero, nada más que para arreglar un electrodoméstico.

— Ya, por eso te digo que la tele.

— ¡Pero, José! ¿Prefieres tener tele y no la cocina para cocinar, o el frigorífico para tener las cervezas frescas? La lavadora lo puedo entender,

que de momento no se arregle, porque puedo lavar a mano, pero los otros, no lo entiendo.

— María, la cerveza la puedo beber a temperatura ambiente, también puedo comer embutidos y algún que otro plato preparado. Todo eso lo puedo aguantar; pero no soportaría perder un capítulo de mi novela favorita, después de llevar doce meses viéndola, o no poder ver mi partido favorito.

María miró a José y le dijo:

— Tendrás tele, esposo mío, pero de lo demás te olvidas.

— Nunca lo hubiera pensado, que tú serías el ganador –dijo la cocina.

— Lo mismo digo –dijo el frigorífico.

— Si me lo cuentan, no me lo creo –dijo la lavadora.

Días más tarde, los alimentos se habían estropeado, la ropa estaba sucia y todos estaban con mal de estómago, de comer tantos embutidos y platos preparados. Pero eso sí, no se había perdido un capítulo de la novela.

Si queremos andar bien por la vida, debemos saber qué cosas tienen prioridad.

LA VENTANA

Desde mi ventana veo pasar al pastor, seguido de dóciles ovejas, rumbo al campo para pastar. El día es de un invierno duro, y están cayendo gotas de agua tan frías que parecen que estén heladas.

El pastor lleva puesto un capisayo negro para protegerse de la fría lluvia, y le acompaña un perro de pelo rizado (de los llamados de agua, color negro), que está pendiente y no le quita ojo de encima al chaval.

El perro mueve con energía el rabo y, de tarde en tarde, le ladra al pastor, como pidiendo que le mande alguna tarea, para ganarse el trozo que se come de pan.

Los cencerros que varias ovejas llevan colgados del cuello, hacen un ruido tan expresivo, que cuando pasan por el pueblo, sin verlas sabes que el rebaño viene o va a pastar. Entre las ovejas van varias cabras negras y un macho cabrío, que siendo las cabras diferentes en todo a las ovejas, pueden juntas pastar.

Tras el rebaño veo pasar a los gañanes, que montados en sus sufridas yuntas de mulos, van en silencio a trabajar. Los que fuman van liando un cigarrillo, y los que no contemplan a los fumadores, la habilidad que tienen para esos pitillos liar. Los mulos desde que salen de las cuadras llevan puesto el molesto yugo y, juntando sus lomos entre sí, se van abriendo de patas, intentando desprenderse del espinoso letal.

Tras las yuntas veo pasar un grupo de labradores y labradoras, que con sus talegos colgados de las azadas, caminan en silencio hacía el tajo para trabajar.

Van mirando al cielo que está cubierto de nubes negras, mientras unas gotas de agua fría les van cayendo sobre sus curtidas caras. Pobres de ellos (me digo yo), cuando los veo con tanto frío en sus cuerpos, y tan poca ropa de lana para poderse calentar.

Tras los labradores, y montados a caballos, veo al dueño y al capataz de la finca que, con abrigos de lana y largas capas impermeables, se van resguardando de la lluvia y del frío polar.

Desde mi ventana veo pasar a doña Carmen que, con la cesta bajo el brazo y la lechera en la mano, va a la tienda de la Ditera por comida y, como siempre, apuntará lo que se lleva, para pagarle con la cosecha o, si puede, con algún jornal.

Tras ella va Juanele muy deprisa, y a doña Carmen la ha adelantado; lo ha mandado por la compra doña Flora, que la noche anterior había estado pariendo un chaval. Juanele, que mentalmente el pobre no está muy bien, a todos los del pueblo que le hace falta, les trae los mandados de la tienda, por poco más de un real.

Desde mi ventana veo pasar a una pareja de civiles que, como siempre, a la casa de don Pepe van a parar. Don Pepe es el más rico del pueblo, muy amigo del cura y, por supuesto, de la autoridad.

Desde mi ventana veo a un niño llorar; a su padre se lo han llevado los civiles, y no sabe cuándo, o si volverá.

Desde mi ventana veo pasar a doña Concha, que mataron a su marido en la guerra civil, y a la casa del alcalde va a reclamar. Dicen que se ha vuelto loca, porque la pobre al alcalde por su marido va a preguntar.

Se ha quedado viuda y con muchos muchachos para criar. A su marido lo mataron sin motivo, y la pobre no lo puede asimilar. Dicen que se ha vuelto loca... por decir la verdad.

Desde mi ventana veo pasar unos niños hambrientos; en su casa su madre se ha puesto enferma, y nadie más que ella puede llevar el jornal. Son huérfanos de la guerra, esa guerra endemoniada que tantos sufrimientos ha traído al pueblo y a toda la humanidad.

Desde mi ventana veo pasar al cacique que, con su gran barriga, al casino se va a jugar. En todas las contiendas ha habido quienes se han beneficiado y, en esta, no faltaría más.

Desde mi ventana veo pasar a otros dos guardias civiles que, a caballo, a la casa de don Pepe van a parar. Dicen que la justicia es igual para todos, pero si tiene que juzgar al que te regala el pan, no le juzgará igual.

Desde mi ventana veo pasar a don José que, con su cigarrillo en la boca, a la escuela va a entrar. Es su cumpleaños y los regalos que le han dado los vecinos, en la vespa no sé si le cabrán. Son muchos gallos y conejos los que los padres de alumnos le han regalado, en agradecimiento a su saber enseñar. Le ha pedido a su pariente Emilio unos serones, que éste tiene para ir a comprar. Emilio se los ha dejado y con la vespa bien cargada, a su pueblo se va.

Desde mi ventana veo pasar a un padrino, con muchos chavales detrás, ha bautizado a su ahijado, y unas perrillas les tira a éstos que lleva detrás, que diciendo: “padrino, padrino”, y esperando que les eche más dinero van.

Desde mi ventana veo pasar a una madre con su hijo de la mano, que a la escuela lo va a llevar; es el primer día de clase que va a tener el chaval. Va llorando porque no sabe adónde va; la madre lo consuela y le explica lo que en la escuela le van a enseñar.

Desde mi ventana veo pasar a una novia, que se va a casar; va vestida de un bonito vestido blanco, y cogida del brazo de su padre a la iglesia va a entrar. El novio, un poco nervioso, con un traje oscuro la espera delante del altar. Y los familiares y amigos que les acompañan, al entrar la novia en la iglesia se han girado todos para atrás, para ver a esa hermosa novia, que su belleza no tiene igual.

Desde mi ventana un entierro veo pasar; se trata de Juan que, a su último viaje, todos los vecinos le quieren acompañar. En vida nadie le ayudó, y de miseria el pobre se murió. Ahora todos se lamentan de en vida, no haberlo tratado con humanidad. De muy poco valen los lamentos, de muy poco, señores míos; es mejor ayudar cuando el ganado está esparcido, y no cuando en los corrales está.

Desde mi ventana veo pasar la vida, que siendo tan frágil y tan corta, no entiendo cómo los humanos por intereses se la complican, sabiendo lo cerca que está la muerte, que en cuando te descuidas, en segundos te llevará.

Desde mi ventana ya no veo nada, ya todo se termina, ya se me va la vida, ya se me va la vida, tan corta y tan bonita, tan corta y tan bonita, que como todo, tiene un final.

EL ESPEJO DE LA VIDA

Miguel, desde la ventanilla del tren, veía a un chico jugar a la pelota. Éste, al oír el ruido del convoy, se paró y se quedó mirando el pasar de los vagones.

Miguel se había quedado sorprendido y se frotaba una y otra vez los ojos, al ver al chico que era su misma imagen de cuando él tenía doce años. Preocupado por lo que había visto y muy nervioso, quería bajarse lo más rápido posible del tren, que lentamente iba llegando a la estación.

Cuando paró, y sin perder tiempo alguno, saltó del tren y se dirigió hacia donde había visto al niño jugando a la pelota.

— Yo diría que ha sido en este sitio donde lo he visto, o quizá estoy confundido y no ha sido aquí. Iré un poco mas allá, a ver si estoy equivocado y hay otro campo igual que éste –se preguntaba extrañado, al no encontrarlo.

Con semblante serio y angustiado por las circunstancias, estuvo dando vueltas por toda la zona, pero no consiguió ver al niño.

Desilusionado y muy cansado, se sentó en un banco de una plazoleta para descansar. Por mucho que lo intentaba, no se le iba de la cabeza lo que había visto desde la ventanilla del tren.

Miguel tenía toda la pinta de un mendigo, llevaba varios días sin afeitarse; el pelo lo tenía muy graso, la ropa sucia y desgarrada, y unas viejas botas desteñidas. La suela de una de las citadas botas, la tenía despegada, y eso le dificultaba el caminar.

Además, debería llevar mucho tiempo sin ducharse, porque le acompañaba un olor insoportable; un olor rancio de ésos que, cuando lo hueles, te mareas. Tendría unos cincuenta años de edad, pero parecía tener setenta o más.

Recordando lo nefasta que había sido su vida y, con la mirada perdida en el infinito, se quedó dormido en el banco de la plazoleta. Y una vez dormido, le fueron viniendo lo que tal vez lo mantenía con vida: sus sueños.

De padres acomodados, Miguel había tenido una infancia donde todo lo que pedía, sus padres se lo daban. Su padre tenía un negocio de carpintería, y hacían muebles de todas clases y los exportaban a muchos puntos del mundo. Su madre era decoradora y trabajaba para unos grandes almacenes.

Eran dos hermanos, Miguel y Félix. Miguel tenía cuatro años más que Félix, y estudiaban ambos en la mejor escuela del pueblo. Su madre, cada mañana los llevaba al colegio en su coche. Como los padres trabajaban, se quedaban a comer en la escuela, y luego su padre los recogía por la tarde.

Sus sueños:

— ¡Mamá! ¡Estos pantalones que me has comprado no me gustan nada! ¡No son de marca!

— ¡Hijo! Si la tela es de muy buena calidad y, además, te quedan muy bien.

— Mis amigos, toda la ropa que llevan es de las mejores marcas, mamá, y yo no voy a ser menos que ellos –le contestó a la madre, disimulando un pequeño lloriqueo.

— No llores, hijo, que mañana te compraré uno de marca, de esos que te gustan –le dijo su madre.

Él, con cara de haber conseguido lo que quería, le decía lo siguiente a su madre:

— Gracias, mamá, cuánto te quiero.

— Cuida de tu hermano y pórtate bien, Miguel –le decía su madre, mientras le daba un beso en la puerta de la escuela.

— Sí, mamá, no te preocupes por eso.

Miguel cogió a su hermano de la mano y se fueron los dos para adentro.

— Qué lata, todos los días tengo que cuidar de este cabezón, con lo malo que es. A ver si aprendes a ir solo, que estoy harto de llevarte de la mano –le decía Miguel a su hermano, después de haberle dado un golpe en la cabeza.

Éste, pobre, que de malo no tenía nada, al ser más pequeño y más humilde, se callaba y no le contestaba a su hermano.

Como solía hacer siempre cuando llegaba a la escuela, dejó de mala manera a su hermano en el aula, y luego se dirigió a la suya.

— Esto del cole es un rollo –iba murmurando, mientras llegaba a su aula. Entró y se sentó en su pupitre, como quien se sienta en la silla eléctrica. Daban clases de historia, y el profesor se dirigió a él.

— ¡Miguel! Dígame en qué año Colón descubrió América.

Miguel, con voz nerviosa y entrecortada (esa voz que se suele poner cuando no se saben las cosas), como pudo le contestó:

— En mil trescientos cuarenta y dos; no, no, en mil cuatrocientos cuarenta y dos.

Todos los compañeros lo miraban, y eso a Miguel le daba mucha rabia.

— Miguel, tienes que estudiar más; así nunca conseguirás nada.

— Sí, don Rafael.

— Se puede usted sentar –le decía el maestro.

— Siempre me tiene que preguntar a mí y, además, me pregunta la que no me sé –se decía Miguel para sus adentros, con aspecto hostil.

— Chicos, hasta mañana, y haced los deberes que os he puesto –les decía el maestro, mientras los chicos iban saliendo de la clase.

— Ahora, a buscar al cabezón de mi hermano –renegaba una y otra vez.

De malas maneras y como siempre, insultó a su hermano; luego, lo cogió por la mano y se fueron a la puerta del colegio, donde su padre los estaba esperando.

— ¿Cómo os ha ido el día, chicos? –les preguntó el padre.

Muy bien, le contesto Félix, y le dio un beso a su padre.

— ¿Tú, Miguel, no me dices nada?

— Esto del cole es un rollo, papá.

— No digas eso ni de broma, Miguel. Los hombres que de pequeños se sacrifican en aprender, de mayores son los que controlan las cosas, y además ganan más dinero; es decir, viven mejor.

Aunque no quería estudiar, y sus padres sufrían mucho por su rechazo a los estudios, le compraban de todo, y él era feliz a su manera. En estos términos fueron pasando los años, hasta que cumplió los dieciocho.

— ¡Hijo! ¡De qué poco te ha servido estudiar en los mejores colegios! Si no quieres estudiar, tendrás trabajar –le dijo su padre, muy cabreado.

— Cariño no seas tan duro con él; ya trabajará cuando sea mayor –le recriminaba la madre al padre.

— Ya es mayor de edad; por lo tanto, o estudias o trabajas, porque fumar si que lo has aprendido bien.

— Papá, la mayoría de mi clase fuma.

— Qué bien, y encima me contesta el niño.

— Tu padre tiene razón, Miguel, en lo que te dice, y el tabaco debes dejarlo, que es malo para la salud.

— Siempre me estáis echando broncas por lo que hago, o dejo de hacer –les decía Miguel, lloriqueando como solía hacer siempre.

— Ya has hecho llorar al chiquillo, ¡estarás contento! –le recriminaba la madre al padre.

— Me voy, porque entre tu hijo y tú, me sacáis de quicio —le respondía el padre, bastante cabreado.

Sin trabajar y sin estudiar, como él quería, tenía todo el tiempo del mundo para deparar por los peores lugares del pueblo.

A los tres meses de no ir a la escuela, estaba metido en asuntos de drogas, vendiendo y fumando porros y, a los nueve, ya se pinchaba y empezaba a necesitar cada vez más dinero para comprarla. Con el dinero que le daban por la venta de los porros, no tenía bastante para la heroína que su cuerpo iba necesitando, y empezó a vender pequeñas cosas de su casa y a quitarle dinero a su madre.

— ¡Juan! ¿Tú me has cogido dinero de mi bolso?

— ¿Qué me dices, mujer? Eso ni lo pienses. ¿No lo habrás perdido?

— No, cariño, no lo he perdido; estoy segura de que anoche los metí en mi bolso y, esta mañana cuando iba salir para comprar, ya no los tenía.

— ¿Estás segura?

— Te digo que los metí en mi bolso, Juan, y menos mal que me di cuenta antes de ir a la tienda; si no, la cara de tonta que se me hubiera puesto a la hora de pagar.

El padre movía la cabeza y, sin pronunciar el nombre, se dirigió al cuarto de Miguel.

— No subas, que no está.

— ¿Cómo sabes adónde voy, María?

— Porque pienso lo mismo que tú.

— El hijo que sale torcido, ya lo es de pequeño, y éste nos ha salido bien torcido, cariño –le decía Juan a María, que con un pañuelo se limpiaba las lágrimas.

Miguel llegó ya pasada la medianoche, y su padre lo esperaba sentado en un sillón del comedor.

— Miguel, espera un poco, que quiero hablar contigo –le decía el padre.

Éste no se había dado cuenta de la presencia del padre, y se sobresaltó al oír su voz.

— ¡Qué susto me has dado, papá! ¿Pasa algo?

— Quiero que me contestes, con la verdad, a una pregunta que te quiero hacer.

— Sí, papá, me puedes hacer las preguntas que quieras.

— Sólo te haré una pero, como te digo, contéstame con la verdad.

— ¿De qué se trata, papá, que me estás poniendo nervioso?

— ¡Si supieras como estoy yo! ¿Tú le has quitado doscientos euros a tu madre de su bolso? ¡Quiero que me digas la verdad, Miguel!

Éste se quedó callado unos segundos y, luego con cara de avergonzado, le confesó la verdad a su padre.

— Sí, papá, he sido yo –le contestó a su padre, con voz entrecortada y cabizbajo.

— ¿Por qué nos haces esto, Miguel? ¿No te hemos dado siempre lo que nos has pedido?

— Sí, papá; perdona, pero...

— Vas a matar a tu madre a disgustos. ¿Qué problemas tienes y por qué necesitas tanto dinero, Miguel?

— Soy un drogadicto, papá... —le decía, con la cabeza cabizbaja y llorando.

El padre no sabía cómo ponerse, se sentía culpable de lo que le pasaba a su hijo, por no haber sabido solucionar el problema a su tiempo.

— ¿Llevas mucho tiempo con la droga? —le preguntó el padre, con lágrimas en los ojos.

— Unos seis meses, papá.

— ¿Te pinchas?

— Sí, papá, hace dos meses que lo hago.

— Sabes que eso lo consideran una enfermedad —le decía el padre, con ánimo de ayudarlo. ¿Lo quieres dejar?

— Claro que lo quiero dejar, papá.

— Entonces te llevaré a uno de esos sitios que curan la adicción a la droga.

Al día siguiente, padres e hijo fueron adonde le había recomendado un médico amigo de la familia. Era una granja que estaba a las afueras de la ciudad, donde se curaban enfermos de esta clase. Les hicieron varias pruebas en el Centro, mientras sus padres lo esperaban en una sala.

Después de haber pasado varias horas esperando, una enfermera les dijo a los padres que pasaran; éstos entraron a la consulta, donde un médico los estaba esperando.

— Su hijo, si de verdad quiere curarse, tiene que quedarse ingresado en el Centro; lleva poco tiempo consumiendo cocaína y, si se esfuerza un poco, se curará completamente.

— ¿Usted cree que mi hijo se curará?

— Sí, por supuesto.

La madre se limpiaba las lágrimas, y el padre la cogía por el hombro, intentando consolarla.

Miguel entró en la consulta, acompañado por una enfermera, y se sentó junto a sus padres.

— Nos ha dicho el Doctor que tienes que quedarte ingresado, que te puedes curar si pones un poco de tu parte –le dijo la madre, con lágrimas en los ojos.

— ¿Qué te parece, Miguel? –le dijo el padre.

— Me quedo, papá, y no os preocupéis por mí, que pondré todo el interés que pueda de mi parte.

— ¿Cómo no nos hemos dado cuenta antes de que nuestro hijo es un drogadicto? –le decía la madre al padre, cuando regresaban en su coche.

— Nos ha pasado como al cornudo que, siendo el más interesado, siempre se entera el último.

Habían pasado dos años y los médicos le dijeron que ya estaba desintoxicado y completamente curado. Cuando salió del Centro fue a su casa, pero con la idea de marcharse; estaba tan avergonzado con lo que había pasado, que pensó sería lo mejor.

Se marchó a la legión, donde estuvo cuatro años, y en todo ese tiempo no supo casi nada de su familia.

Cuando se licenció fue a visitar a su familia, y se encontró con que su madre había muerto hacía seis meses.

Lo intentaron localizar cuando murió la madre, pero se había enrolado en la legión con un nombre falso, y fue imposible encontrarlo.

— Se murió con tu nombre en los labios, y la pobre cada noche rezaba, y en sus rezos siempre te mencionaba, Miguel —le decía el padre, con lágrimas en los ojos, y añadía— ¿Ahora, qué tienes pensado hacer?

— No sé, papá; lo más seguro es que me vaya a la marina mercante. De hecho, ya tengo un contrato firmado. ¿Dónde está mi hermano?

— Está en la Universidad; estudia Derecho y sólo viene los fines de semana.

Estuvo dos días con su padre y se marchó.

Se embarcó un barco mercante de nacionalidad francesa, de ayudante de máquinas, y estuvo viajando por todo el mundo durante ocho años.

Un día lo cogieron con dos kilos de cocaína en su taquilla y, aunque dijo que no era suya, no lo pudo demostrar y lo condenaron a cuarenta años de cárcel. Habían dado un chivatazo a la policía y, en el registro del barco, se la encontraron en su taquilla.

Su hermano había terminado la carrera de abogado y, aunque hizo todo lo que humanamente se podía hacer por él, lo único que pudo conseguir fue que le rebajaran la pena a veinte años de cárcel, pero el sacarlo le fue imposible.

Había estado encerrado en un país extranjero y lo había pasado bastante mal y, cuando terminó la condena, estaba deteriorado, física y mentalmente. Se había convertido en una caricatura de sí mismo.

Había terminado la condena y, saliendo por la puerta de la cárcel, aún no sabía adónde ir; su padre hacía tiempo que había muerto, y sólo tenía a su hermano por familia. Éste había tenido un accidente de coche y, aunque no estaba grave, lo habían tenido que ingresar en un Hospital.

— Iré a ver a mi hermano, aunque no sé si vive todavía en el mismo sitio, porque hace un par de años que no sé nada de él —se preguntaba para sus adentros, en la barra de un bar.

Cogió el primer tren que pudo y se fue para su pueblo, para intentar encontrar a su hermano.

De repente se escuchó el ladrido de un perro, y Miguel se despertó de aquel dulce sueño y se frotaba los ojos.

— Qué sueño he tenido tan bonito. He visto a mi madre, a mi padre y a mi hermano; lo mejor que he tenido en mi vida. Ahora todo me parece un sueño, no supe apreciar lo que tenía y tenía tanto. Pensaba que era el más listo de todos y que lo sabía todo, y la verdad era que no sabía nada, fui el más tonto de todos. Cuando eres joven, piensas que te vas a comer el mundo, crees que eres el más listo, que todo lo sabes y no escuchas a quien debes escuchar.

Y qué equivocado está uno, por no pensar como se debe, y en mi caso, por no hacerlo, el mundo me ha comido a mí y bien que me ha comido. Lo feliz que hubiera sido si no me hubiera equivocado de camino y hubiera escuchado los consejos de mis padres. Los errores se pagan y yo bien que los he pagado y aún los estoy pagando –reflexionaba entristecido.

De golpe, Miguel se sobresaltó al ver al niño del tren, que se le estaba acercando con la pelota bajo el brazo. Miguel se quedó mudo de la emoción y no podía articular palabra alguna; cuanto más se acercaba el niño, más se veía a sí mismo de pequeño. El corazón se le iba acelerando, y una expresión de pánico se le iba reflejando en su rostro.

— No puede ser, no puede ser, debe de ser un sueño –murmuraba con los ojos descajados. Poseído por el miedo, escuchó unas palabras que le decía el niño.

— ¿Le pasa algo, señor mendigo? ¡Tiene usted mala cara! ¿Es que está usted enfermo?

Miguel no aguantó más la emoción y se desplomó, al oír las palabras del chico. Aquellas palabras le sonaron en su cabeza como si las hubiera pronunciado él, y eso le atormentaba.

Miguel sentía a la muerte, que lentamente se le estaba acercando y, desde el suelo con voz moribunda, llamaba al chico. Éste se puso de rodillas y le preguntó:

— ¿Dígame, señor mendigo, en qué puedo ayudarle?

— Me estoy muriendo, me estoy muriendo –le decía con lágrimas en los ojos, y añadía— ¿Cómo te llamas, muchacho?

— ¡Miguel! Señor mendigo.

— ¿Y tus padres?

— Mi papá se llama Juan, y mi mamá, María. Además, tengo un hermano cuatro años más pequeño que yo, que se llama Félix.

Miguel reflejaba en sus ojos la impotencia y sus lágrimas surcaban sus pálidas mejillas.

— Escucha siempre los consejos que tus padres te den; ellos siempre te darán los mejores, y cuida a tu hermano. Mira siempre de ser inteligente y coger el buen camino. Que yo, por no hacerlo, en la cárcel me he visto, y hoy me estoy muriendo sin nadie a mi lado, sólo y como un sucio mendigo.

Aquí acaba la historia de uno de tantos, que no escuchó cuando debía, lo que debía y a quien debía, y teniendo la gran suerte de poder elegir (porque hay otros que no tienen tanta suerte y no pueden hacerlo), eligió el mal camino.

LA PASARELA

La mayor ilusión de Raquel era poder desfilarse algún día por las mayores pasarelas del mundo. Tenía quince años y era una chica soñadora y alegre, además de muy guapa e inteligente.

Un día se armó de valor y se presentó a un casting, que buscaban chicas nuevas para que hicieran de modelo. Poder trabajar en lo que tanto anhelaba, le llevaba quitando el sueño desde que se enteró de lo del casting. Pero, por desgracia para ella, no pudo pasar la prueba, porque su peso rebasaba en unos kilos el requerido en el casting.

Desilusionada por la nefasta prueba, comenzó a verse gorda y a cambiar en ella algo que siempre lo había tenido muy alto: su seguridad y su autoestima. Hasta ese momento se había visto como una chica guapa, y siempre había estado bastante contenta con su físico.

Raquel fue poco a poco alejando la alegría de su bello cuerpo y acercando cada vez más la tristeza. Sus sueños ya no eran de colores; ahora habían perdido el color y se veían cada vez más negros. Su autoestima y su seguridad habían dado entrada en su mente, a algo de lo que siempre debemos temer y mucho: los complejos.

Cuando ese virus tan nefasto aparece en una mente, cuesta mucho erradicarlo, y si no se ataja el problema a tiempo, puede acabar en una depresión, o algo peor.

Raquel fue dejando de comer, para poder tener un cuerpo como el exigido en la prueba que había realizado para modelo.

¿Modelo de qué?, habría que decirles a esos creadores de moda, que con esas esqueléticas niñas que pasean por las pasarelas, hacen tanto daño a esas otras en crecimiento, y que son las que en verdad se van a poner sus ropas; ellas son las auténticas modelos.

La raza humana es diversa, y eso la hace hermosa; es bueno que haya gente grande, gente pequeña, gente gorda, gente flaca... Todo esto es bueno, porque imaginaros que todos fueran grandes, guapos y delgados; sería muy aburrido, no habría comparativa y seríamos como androides.

Sabiendo todo esto, no sé el por qué, cuando hacen desfiles de modas, no hacen representar a todas las clases de gente que componen la sociedad. Si se hiciera eso, alejaría a esas pobres niñas de esos complejos malditos y les ayudaría mucho en sus vidas. Esas adolescentes aún no están formadas como mujeres y copian todo lo que ven, y si lo que ven es ser delgadas todas quieren serlo, aunque le cueste la vida en el intento.

Pienso que debe haber intereses ocultos; si no, no entiendo el por qué no lo hacen.

Raquel pasó de ser una chica sana, guapa y alegre, a una muy distinta, una que estaba enferma, triste y sin ganas de vivir.

Su madre, al verla lo delgada que se estaba quedando, comenzó a preocuparse por ella y también a sufrir por ella. Una madre cuando ve a un hijo sufrir, sufre como él, o tal vez más.

Su madre la llevó al médico y le diagnosticaron principio de anorexia. Se estaba “en los huesos”, quedando como vulgarmente se dice.

El tratamiento del médico no hacía el efecto deseado, porque no se lo tomaba; lo mismo que la comida, que tampoco se la comía.

Su madre, viendo que el problema en vez de arreglarse empeoraba, la volvió a llevar al médico y fue ingresada. Gracias al tremendo amor y cuidados de su madre, le pudieron salvar la vida.

Raquel poco a poco fue cogiendo peso, y su sonrisa iba volviendo a su cara. Su autoestima estaba entrando de nuevo en su mente y sus ganas de vivir iban llegando, llena de hermosos colores.

Raquel había tenido mucha suerte en esta batalla; otras muchas, por desgracia no, y sus padres les llevan ramos de flores.

PLÁCIDA, LA MOCHILA DE ALBERTITO

Plácida estaba de muy mal humor, por el montón de libros que cada día le metían. Quería mucho a Albertito y sabía que, con tanto peso, dañarían su frágil espalda. Sabía de la economía de la casa y, aunque la madre quería comprar una con ruedas, no podía hacerlo. Había pensado que si ella pudiera conseguir unas ruedas, evitaría que Albertito sufriera con el descomunal peso. Cuando todos estaban durmiendo, Plácida salió de la casa y fue a buscar las ruedas. Hacía poco que había llegado al barrio y no sabía donde podía encontrarlas.

— Le preguntaré al buzón de cartas; ahí llega mucha gente, que seguro sabe dónde puedo encontrar las ruedas. ¡Señor buzón! Usted que conoce a mucha gente ¿sabe dónde puedo encontrar unas ruedas?

— Dime mochila, que no te he oído bien –dijo el buzón, doblándose un poco para oírla mejor.

— ¿Si sabe usted dónde puedo encontrar unas ruedas?

— ¿Has dicho que buscas unas ruedas?

— ¡Sí!

— Es que los años, uno..., –dijo el buzón—. Cerca de aquí hay un zapatero. ¿Son para ti las ruedas?

— ¡Sí! Es que mi dueño es muy frágil y, si no le ayudó, se hará daño en la espalda. Es tan bueno Albertito, siempre me cuida ¿Dónde dices que está?

— ¿Ves aquella esquina?

— ¡Sí!

— Pues nada más giras, te lo encontrarás. Aunque ya estará cerrado; suele hacerlo a las siete, y ya son las ocho. Si tienes mucha prisa, puedes probar en el chino; sus ruedas no serán tan buenas, pero cierra más tarde.

— Me acercaré, a ver qué tiene.

— Señora tendera ¿tiene usted ruedas?

— Sí! al final de ese pasillo, verás que hay de varias clases. ¿Para quién son?

— Para mí.

— Hay unas que son muy buenas. Son como las de los carros de la compra, con soporte.

— ¿Ésas que dices están también al final del pasillo?

— ¡Sí! Ya las verás.

Plácida cogió el pasillo y llegó adonde estaban las ruedas.

— ¡Qué bonitas son...! Seguro que serán muy caras. Miraré el precio. ¡Cuatro euros! Sólo tengo dos. Tendré que conformarme con algo más inferior. Éstas no tienen soporte, pero sí plataforma. Le será más incómodo a Albertito, pero me llevará mejor.

Plácida salió de la tienda muy contenta. Sabía que si todo iba bien, Albertito dejaría de tener problemas de espalda, ahora y en el futuro.

Llegó a casa y se introdujo en el cuarto de Albertito. Estuvo haciendo experimentos, y todos les llevaban a encontrar un soporte, para que la pudiera llevar bien.

— Esta carrucha está rota y ya no la coge para jugar; si pudiera sacarle el soporte, sería fantástico. Pero yo no tengo fuerzas para hacerlo. Se lo diré al gato Antón; con su ayuda lo podremos arreglar.

Antón estaba durmiendo al lado de la chimenea y por la pinta que tenía...

— ¡Antón, Antón!

— ¿Qué pasa, mochila, con tantas voces?

— Necesito que me ayudes.

— ¿No habrá otro momento en el día, para hacer lo que tengas que hacer? ¿Tú sabes la hora que es?

— Sí, Antón, ya sé que es muy tarde, pero es muy importante lo que quiero hacer.

— Todas las féminas sois iguales. ¿Qué quieres hacer?

— Quiero que me ayudes con las ruedas.

— ¿Que te ayude con las ruedas? Pero si tú no tienes.

— Esta tarde me he comprado unas. Albertito llega con mucho dolor de espalda, y he pensado que si tengo ruedas, no me tendrá que llevar en la espalda.

— Si es por una buena causa, estaré encantado de poderte ayudar. ¡Dime qué quieres hacer!

— Enganchar el soporte de la vieja carrucha a esta plataforma que me he comprado.

— ¿Por qué no te la has comprado con soporte? Yo he visto unas muy bonitas.

— ¡Sí! Pero son muy caras y hay que ahorrar, que la cosa está muy mal.

— En eso tienes toda la razón. Ésta hará el mismo servicio y te has ahorrado un dinero.

Antón puso manos a la obra y, en poco tiempo, había acoplado el soporte a la plataforma.

— Tienes que reconocer que soy un manitas. Ni la del soporte que te había dicho es mejor que ésta.

— Ha quedado muy bien, Antón. Es verdad que eres un manitas.

Plácida y Antón, con la satisfacción de haber hecho algo bueno, se fueron a descansar.

Albertito había desayunado y, como cada día, se proponía a ponerse la mochila en la espalda. Al principio no se había dado cuenta, pero al ponérsela, se dio con el soporte en la cabeza.

— ¡Mamá, mamá, a la mochila le han crecido ruedas!

La madre salía de la cocina y, bajo su sorpresa, vio la transformación de la mochila.

— Mamá, así no me dolerá la espalda –decía Albertito, que estaba moviendo la mochila por el recibidor de la casa.

Antón, desde el sofá, estaba mirando el semblante alegre de Albertito y, con una satisfacción inmensa, le guiñó el ojo a Plácida, que con Albertito de la mano, iba muy contenta al colegio.

ERIC. MATAR AL MENSAJERO

Eric era un chico muy aplicado; le gustaba aprender y era uno de los que mejor nota sacaba en el colegio. De mayor quería ser abogado y, siempre que se presentaba la ocasión, lo hacía saber. Era el mayor de dos hermanos (de 2 y 6 años), al que siempre protegía. Era muy responsable para su edad, y eso se veía en cómo estaba siempre pendiente de su hermano pequeño.

Sus padres se habían quedado sin trabajo y, aunque eran excelentes trabajadores, no encontraban nada, y eso que lo intentaban todos los días. Años atrás habían tenido que firmar una hipoteca (como han hecho la gran mayoría de ciudadanos de este país) para poderse comprar la vivienda de su vida. Con mucha angustia en sus cuerpos y pensando en que pasará, cuando se acabaran los pequeños ahorros que tenían, iban pasando los tristes días. Cubrir los pagos esenciales cada vez les era más difícil realizar, llegando al punto de tener que decidir entre pagar o comer.

Por la falta de estos pagos, les fueron cortando (uno tras otro, y en un periodo corto de tiempo) luz, agua y gas... Por todos los medios a su alcance intentaron conseguir dinero, para no perder lo único que tenían en propiedad, pero no lo pudieron obtener y, al cuarto mes de no realizar el pago de la hipoteca, les desahuciaron; sin tener en cuenta que llevaban ocho años pagando y sin fallar un solo pago. El desalojo de la vivienda fue forzado ,y aunque un buen número de ciudadanos estuvieron a su lado, la policía (con mandato judicial) cumplió a rajatabla su desagradable cometido.

Los lloros de un matrimonio roto caían en cajón roto, y sólo lograron la ayuda de los vecinos que, en un acto de humanidad y coraje, les ofrecieron un techo, hasta que pudieran obtener uno propio.

Eric, viendo a sus padres con lágrimas en los ojos, les preguntó por qué lloraban. La madre, al oír la pregunta, lo abrazó con fuerza:

— Por nada, hijo, por nada.

— ¡Mamá! ¿Por qué nos echan de casa?

La madre dio un largo suspiro y luego le dio un beso en la mejilla.

— ¡Porque no tenemos trabajo y no podemos pagar la hipoteca!

Eric se armó de valor y se acercó al funcionario judicial que, con una carpeta en la mano, le iba indicando cosas a la policía.

— ¡Señor! —dijo Eric en voz alta, dirigiéndose al agente judicial. Al oírlo, la gente dirigió la mirada al niño. Un silencio se apoderó del clima tan nefasto que había. El agente judicial se giró y vio al diminuto personaje.

— ¡Señor! ¡Mis papás están llorando! Dicen que es porque nos quieren quitar nuestra casa. Y si nos quitan la casa, ¿dónde dormiremos mi hermanito, mis papás y yo? ¿Sabe usted?, yo quiero mucho a mi hermanito y, si nos quedamos sin casa, con el frío que hace, se pondrá malito. ¿Usted tiene niños?

— ¡Sí! Dos niñas.

— ¿Tiene casa?

— ¡Sí!

— Qué bien, sus hijas no pasarán frío.

El agente judicial se lo quedó mirando y le preguntó cómo se llamaba.

— Eric, y mi hermanito, Izan.

— Volved a vuestra casa –dijo el agente judicial, y se marchó del lugar. Eric, sin querer, había ganado una batalla.

Un silencio se hizo patente, y los que habían abuchado al agente judicial, ahora lo miraban con mucho respeto. Nunca se debe matar al mensajero, aunque en el caso de los desahucios sea ejecutor.

Los problemas hay que resolverlos allá dónde estén las raíces.

CRUDA REALIDAD

Las luces de la discoteca parpadeaban al compás de la música y, entre la poca visibilidad que había, una chica de dieciocho años recién cumplidos hablaba con un chico de su misma edad. La comunicación le estaba costando realizarla por el tremendo ruido de la música, pero eso no le impedía pasarlo bien.

Un grupo de chicos se acercaron a ellos y, sin mediar palabra alguna, le dieron un empujón al chico. Éste les dijo que tuvieran cuidado, pero solamente les dijo eso, no quería problemas con ellos. El cabecilla del grupo, en vez de pedir disculpas, le dijo de malas maneras que era él el que tenía que pedir las, por haberse cruzado en su camino.

— ¿Yo? —dijo el chico—. Pero si habéis sido vosotros los que habéis empujado.

— ¿Me estás llamando embustero?

— No te llamo de nada, sólo te digo que habéis sido vosotros los que me habéis empujado.

La chica, al ver que si seguían hablando en aquel tono acabarían peleándose, intervino diciéndole a su acompañante que lo dejara y que se fuera con ella a bailar.

El chico le hizo caso a la chica y se fue con ella al centro de la pista.

El jefe del grupo le dijo varias palabras, las cuales fueron absorbidas por la potente música.

Dos horas más tarde, las luces de la discoteca se encendieron y con cuerpos cansados, los chavales fueron abandonando el local.

El joven agredido salía acompañado por un amigo, y la chica por una amiga. El chico se había olvidado del percance que había tenido y salía sonriente de la discoteca. Cuando se estaban despidiendo de las chicas, llegaron los del grupo con ganas de pelea y comenzaron a meterse con ellos.

Hubo un intercambio de palabras, seguido de un intercambio de puñetazos, con un final fatal. El chico había sido herido en el pecho con una navaja, cayendo al suelo. El grupo agresor salió corriendo y desapareció en la oscuridad de la noche, mientras las dos chicas y el amigo pedían auxilio. Acudieron varios chicos y algún vigilante de la discoteca.

Diez minutos más tarde llegaba una ambulancia y, durante el camino, el pobre chico moría.

Días más tarde eran detenidos los culpables; días más tarde juzgados, y años más tarde puestos en libertad, mientras al pobre chico le habían robado la vida, sin haber hecho nada.

EL BOSQUE DE LAS DELICIAS

En el bosque de la vida, dos lobos luchaban entre si por hacerse con el control de la manada. Uno se llamaba Za y el otro Ma.

El primero llevaba varios años al mando de la manada, y el segundo intentaba por todos los medios echarlo, para hacerse con el poder.

Cada uno de los líderes contaba con afines, que caminaban junto a ellos por el sufrido bosque de la vida.

— Soy muy feliz –le dijo Za a su lugarteniente, que descansaba junto a él, debajo de una higuera.

— ¿Por qué lo dices, Za? –le preguntó éste.

— Porque tenemos comida para todos, y muy pocos miembros de la manada pasan hambre. ¡Como líder, me siento orgulloso de haber llegado a esta plenitud! Las vacas están con muchas carnes, y eso hace que tengamos asegurada la comida por mucho tiempo.

— ¡Deberíamos guardar algo por si las vacas pierden peso! –le dijo el lugarteniente.

— No hace falta. ¿Has visto como está el prado de ganado? ¿Con tanto, para qué guardar?

— Nunca se sabe lo que el destino puede traer.

— Mientras haya tanto ganado y la manada este bien alimentada, poco podré hacer por conseguir lo que tanto anhelo –le dijo Ma a su propulsor y antiguo líder de la manada.

— ¡Si quieres ser el líder de la manada, sólo tienes que decir que Za todo lo hace mal!

— Pero tendré que hacer algo más. Con decir eso y no ayudar en nada, ¿voy a tener bastante para ser líder?

— Lo que yo te diga, Ma, lo que yo te diga. ¿Tú recuerdas como llegué yo a ser líder?

— Sí, le dijiste a Go tantas veces que se marchara, que al final se marchó.

— Para ser líder hay que ser un buen estratega, Ma. Puedes cambiar un poco las palabras, para que nadie piense que son ideas mías y, en vez de decir que se vaya, le dices que todo lo hace mal. Eso, si se repite mucho, al final la manada pensará que es verdad.

— ¡Cómo tenemos mucha comida, y en eso no hay que pensar, haremos más cómodas las loberas! ¡Le pondremos paja a todas, para que estén más calientes! –le dijo Za a su lugarteniente.

— Sí, yo estoy con usted; hay que hacer cosas sociales.

— Esa paja que quieres ponerle a todas las loberas, no es de la buena y no valdrá para nada –le dijo Ma a Za.

— Hay que ver, Ma, que no ayudas en nada.

— Si pusieras otro tipo de paja, seguramente te apoyaría.

— Si no llueve pronto, perderemos muchas vacas, y eso hará mermar la comida –le dijo Za a su lugarteniente.

— Sí, el grupo de Ma nos ayudará. Podríamos hacer pozos, y así le daríamos agua a las vacas –sugirió el lugarteniente.

— Se lo voy a proponer a Ma, aunque pienso que éste, en eso de arrimar el hombro, para que tengamos comida...

— Hola, Ma. ¡Hemos pensado que vuestra ayuda sería de mucho valor para cavar pozos, y así poder encontrar agua para darle de beber a las vacas!

— Pues lo habéis pensado mal. ¿Sois vosotros los que tenéis que velar por la alimentación de la manada? ¡Cuándo entremos nosotros ya buscaremos la forma de darle de beber al ganado! ¡Igual no es la mejor forma hacer los pozos!

Za había pasado del optimismo al pesimismo. Las vacas, al no tener agua, se estaban quedando en los huesos, y la manada comenzaba a dudar de él como líder.

Ma, en cambio, había pasado del pesimismo al optimismo, y se veía dirigiendo a la manada.

— Nunca lo hubiera pensado, que las vacas flacas , me vayan a hacer líder, sin mover un brazo –se decía Ma, para sus adentros.

¡No se fíe, Ma, de su estrategia, que como se mueran las vacas, no se qué pasará, o si Za consigue encontrar agua, y vuelve a engordar las vacas!!!

GJPavón

ÍNDICE

El galgo.....	2
El niño que quería volar.....	3
El asno y el zorro.....	6
Pablito, el bajito.....	12
El niño que perdió la pelota.....	14
El molino.....	15
El pastorcito y la serpiente.....	19
Las prioridades.....	23
La ventana.....	26
El espejo de la vida.....	30
La pasarela.....	43
Plácida, la mochila de Albertito.....	46
Eric. Matar al mensajero.....	51
Cruda realidad.....	54
El bosque de las delicias.....	56